

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

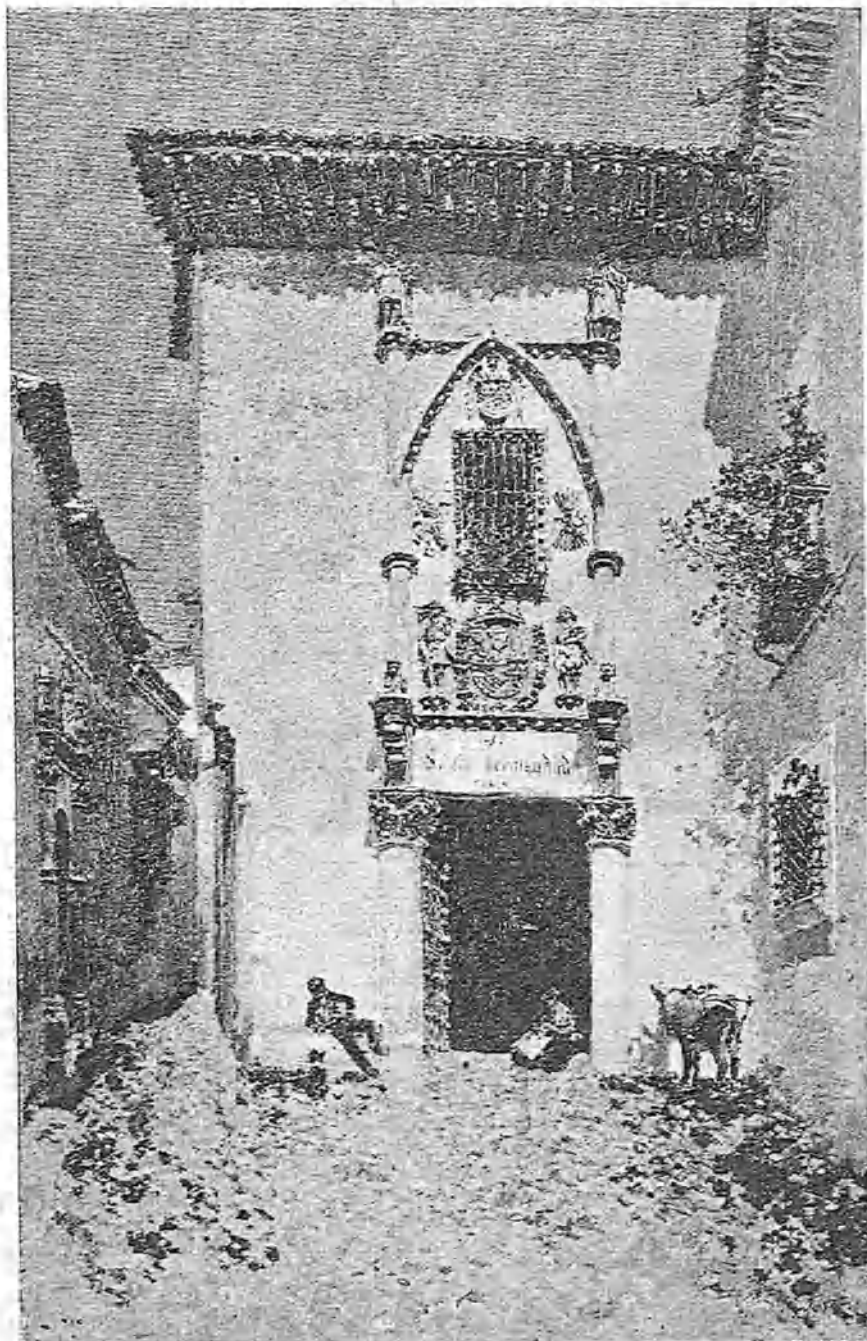
Domingo 1.º de Octubre de 1893.

NÚMERO 14.

DIRECTOR:

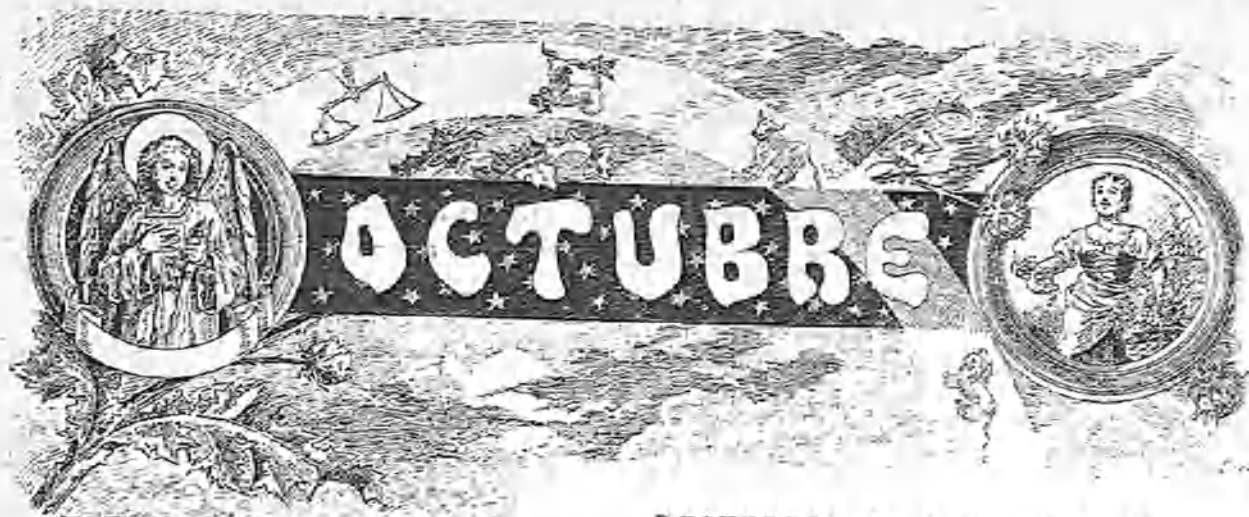
Carlos Frontaura.

NOTAS ARTÍSTICAS



TOLEDO.—PUERTA DEL HISTÓRICO EDIFICIO DE LA SANTA HERMANDAD.

(Cuadro de Martín Rico.)



RECUERDOS Y ANIVERSARIOS

La crónica guerrera de España durante los siglos que invirtió la reconquista del territorio, en mal hora perdido por liviandades y ambiciones de sus Reyes, daña abundante materia, lo mismo en el mes de Octubre que en otro cualquiera de los del año, á evocar recuerdos, censar proezas y presentar ejemplos de arrojo y gallardía. Limitando estos recuerdos á lo que puede y debe ser esta sección, en periódico dedicado más que á la enseñanza al recreo, habré de consagrar algunas líneas á la osada empresa realizada en 21 de Octubre de 1492, durante el asedio de Granada, por Hernán Pérez del Pulgar, á quien sus altos hechos hicieron merecedor del dictado de *el de las hazañas*; el libertador de Alhama, el conquistador del Salar y de Baza, el que, interrogado por los Reyes Católicos para que expusiera qué merced quería por sus conquistas, respondió sin vacilar que los molinos de Tlemecen. «Como ha de darlos—expuso el Rey—si están en África?—Pues, ¿hay más que ir á ganarlos?—respondió Pulgar; y con efecto, después de algunos años, fué señor de aquellos molinos, triunfante la expedición acudillada por el Conde de Alcaudete.

La hazaña realizada en Granada refiérela en los términos siguientes un historiador: «Se hallaba Granada en poder de los moros y en el estado más pujante, cuando una noche reune ratorce honores esforzados; salen cautelosamente, llegan hasta los muros, y por el cauce del río Darro se introducen en la ciudad; recorren sus calles, y á la puerta de la mezquita principal clavan un cartel con esta inscripción: *«Ave María»*. Coloco después una lanza y una luz al lado de la puerta, con otro cartel en que dice haber tomado posesión de la mezquita en presencia de sus compañeros. Seguidamente emprenden la retirada y llegan salvos al ejército.»

Tal es la escena que reproducimos por el grabado de un notable cuadro de D. Alejandro Ferrant.

La arrojada empresa de Pérez del Pulgar tiene en la crónica caballeresca una segunda parte no menos interesante. Advertidos los moros grandínes de lo ocurrido por el cartel, según unos, ó por el incendio puesto á la mezquita por Pulgar, según otros, aprestáronse á vengar el agravio, y Tarfe, uno de sus más valerosos caudillos, haciendo escarlar del símbolo religioso, aló la inscripción del *Ave María* á la cola de su caballo y se encaminó al campamento cristiano para retirar el que lo hubiera colocado en la mezquita; pero en aquella lucha épica, surgían los héroes de todas partes, y un joven adolescente, llamado Garcilaso, salió al encuentro en la vega, luchó con él, rindióle y le dió muerte, restituyendo la inscripción sagrada. Apellidósele desde entonces *Garcilaso de la Vega*, y más adelante fué padre del tierno poeta de su nombre, tan ilustre en las armas como en las letras.

No ya España, la Cristiandad entera conmemora, unido á la fecha del 7 de Octubre, el glorioso combate naval de Lepanto, librado en dicho día del año 1571. En 2 de Agosto del mismo habíase apoderado los turcos, en el auge de su poderío, de la isla de Chipre; y arrojados de la misma los venecianos, pidieron el auxilio de todos los Principes cristianos, que debían reunirse en un interés común, para detener los progresos y contrarrestar las conquistas de los turcos. El Papa Pio V, la República de Venecia y Felipe II de España, aliáronse para la empresa con pasmosa celeridad; España se comprometía á aportar la mitad de los buques y hombres de armas, y Venecia y la Santa Sede la otra mitad, siendo aquella la primera ocasión en que se desplegó en son de guerra el estandarte de San Pedro. Compónese la armada cristiana de 210 galeras, 28 navíos y 6 galeasas; era Generalísimo de la misma D. Juan de Austria, hermano natural de Felipe II, llevando como Teniente á Marco Antonio Colona; jefe de la escuadra pontificia, y Veniero era el Almirante de los venecianos. La armada turca constaba de 270 buques, al mando de Alí-Bajá. Una y otra se encontraron en el golfo de Lepanto, no lejos de Corinto; trabóse el combate á las cinco de la madrugada; pocas horas después, casi todos los buques se aboradaran; D. Juan de Austria apresó con su capitana á la que mandaba Alí-Bajá, dando muerte á éste y quedando prisioneros dos hijos suyos. Ochenta galeras turcas se fueron á pique, y ciento treinta fueron apresadas por los cristianos. Dicese que murieron 25.000 turcos, que 10.000 quedaron prisioneros y que los vencedores se hicieron dueños de riquísimos despojos. La pérdida de los cristianos ascendió á 8.000 hombres; pero en cambio se rescataron 25.000, que los infieles llevaban en sus galeras. Si los vencedores, utilizando su victoria, hubieran avanzado hasta Constantinopla, habrían conquistado fácilmente dicha capital y acaso el territorio.

En aquel combate apareció en toda su plenitud la nota religiosa: «Antes de comenzarlo—como dice César Cantú,—los cristianos colocaron en el sitio más alto imágenes de Cristo crucificado... y estando todos arrodillados delante de ellas, y cada uno pidiendo humildemente perdón de sus pecados, se aumentó de tal manera el ánimo de pelear y el valor de los soldados cristianos, que en un momento, y casi como por milagro, se levantó por toda la armada en general un grito de alegría, que, repitiendo en voz muy alta: *victoria! victoria!* podían oírlo hasta los mismos enemigos...» «La Cristiandad reconoció entonces por un instante su unidad, santificándola con milagros, atribuyendo la victoria á la Virgen, cuyo rosario se rezaba en aquella época por todos los fieles, perpetuándose con una fiesta anual la memoria de aquel suceso y de aquella devoción.»

«Si esta victoria—dice un notable historiador francés—fué estéril en parte por la frialdad de los príncipes cristianos en perseguir todas sus ventajas, es incontestable que reprimió definitivamente la expansión del poderío turco, ya que no la destruyó con tan espantoso desastre. Por eso, en tanto que Solimán II, consternado, permanecía tres días sin tomar alimento y con la cabeza cubierta de polvo, la Europa triunfante repetía con el Soberano Pontífice las palabras: *Fuit homo, missus à Deo, cui nomen erat Johannes!*»

La poesía ha consagrado inspirados cantos al combate naval de Lepanto, y el notabilísimo poeta José Cabiedes, que holgazanes hace años en Andalucía, escribió un hermoso romance á este suceso. He aquí algunos de los versos del mismo, no por los mejores elegidos aun siendo excelentes, sino por consignarse en ellos la parte tomada en la lucha por un soldado, de veinticuatro años á la sazón, y que llevaba el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra:

... Por las velocinas bordas
Egualta un horrible estruendo:
En primer noble leonés
Treinta cañones á un tiempo,
Aparaba en media luna
La escuadra infiel; sus lamentos
Murmuran en fatal desprecio
Pulsérrimo en estirpe...
Y el español se propaga.

En una zona de fuego
Un grande fragor sucede
Como el choque de dos cerros,
Vomitados por volcanes.
Al saltar de sus cañones,
Se han cruzado las galeas
De Don Juan y el agaren,
Revelando los cañones
Hierros trapiados con fierros.
Brama en sus dos muchedumbres
Dentado salvaje, hambriento,
Los perfidos del abordaje
Arrojándose á los cañales,
Capitanes á capitano,
Jefe á jefe, cuerpo á cuerpo,
Como dos alietas luchan
Que se hacen crujir los huesos.
Más que en torrentes, en trombas
De ira de furor, de venizo,
Hacia blancos tronchudos
Troncos, de masa strriendo,
Dos veces son rechazados,
Y allí á un salto tercero
Con voz eufónica empieza
Los tigres de sus dientes
Dura en la derrota, osado,
Por tres veces se halla caído,
De metralla y de metralla
Más que rendido, de hecho
La Providencia conluzo
Entre el plomo á socorrerlos.
Un galán castellano,
Una pamieta rugiendo,
Siente un brazo, ya en la borda
Esvalga y casi dentro,
La mano con que aferrata
Salta, partida de acero,
Y al que vé á salvarle, dice:
«La izquierda fui, diestra tengo,
Id, leválamo de Torres
Cervantes es unero de esto.»

Don Juan de Austria, el celebre caudillo de Lepanto, murió en Namur en 1.º de Octubre de 1578.

Entre los recuerdos históricos que evoca el mes de Octubre, figura también

la ejecución capital verificada en la Plaza Mayor de Madrid en 22 de Octubre de 1602. El que así cumplía con la justicia humana era D. Rodrigo Calderón, el paje del Duque de Lerma, privado del Rey, caballero de Santiago, Conde de la Oliva, Marqués de Siete Iglesias y Ministro universal. Su soberbia y sus dilapidaciones, más que el cargo de haber envenenado á la reina D.^a Margarita, le hicieron caer desde el supremo poder á la más honda desgracia, y encarcelado en Valladolid y en Madrid, sufriendo valerosamente la prueba del tormento inquisitorial, acaso habria salvado la existencia á no haber activado su causa, para afianzar su cadente poder, el Conde Duque de Olivares.

La presencia de ánimo del Marqués de Siete Iglesias en sus postreros instantes fué tan inusitada, que él propio, y sin apoyo, subió las escaleras del cadalso; censuró que éste no estuviera embaldado, como debia estarlo no siendo el traidor; arreglóse repetidamente los vestidos; negóse á ser atado, y él mismo se quitó la banda que lle-

vaba para que le cubrieran los ojos. El pueblo, que tantas maldiciones habia lanzado contra el valido, y que es por naturaleza impresionable y amigo de la leyura, no sólo acompañó con ayés y lágrimas la muerte de aquel desgraciado, víctima de su desastrosa ambición, sino que la usó la frase que, repetida después, ha llegado á constituir un conocido refrán:

Tiene más orgullo que D. Rodrigo en la horca.

Abandonada la capital de España en 1808 por el rey José I y sus tropas, á consecuencia de la derrota de Bailén, fueron reuniéndose en la misma los Diputados de las provincias para formar la Junta central, en contra de timideces y ambiciones del Consejo de Castilla, y acordaron fijar su residencia en Aranjuez, donde se constituyó en 27 de Octubre. Adoptó dicha Junta el título de *Suprema, soberana y gubernativa del Reino*, y la

formaron treinta y un individuos, entre los que figuraban el Conde de Florida-Blanca, su Presidente, purificación, á pesar de sus años, del antiguo régimen; D. Gaspar Melchor de Jovellanos, defensor de los temperamentos que han dado origen al actual Gobierno representativo; don Lorenzo Calvo de Rozas, amante de la soberanía nacional, y D. Antonio Valdés, ministro que habia sido de Marina. La brillantez de todos los escritos emanados de dicha Junta denunciaba una pluma excepcional, como debidos que eran al famoso poeta D. Manuel José Quintana, que por entonces escribió su oda á la guerra de la Independencia, eco de la zambra y el heroísmo de aquella época, llamado á ser coronado cuarenta y siete años más tarde por manos de la reina Isabel II, y como prueba de la admiración nacional.



HERNAN PÉREZ DEL PULGAR

CUADRO DE DON ALEJANDRO FARNES.—(Dibujo del mismo.)

del Rey D. Sancho ante los muros de Zamora, por el traidor Velasco Dolfos, en 6 de Octubre de 1072; la proclamación de D. Carlos II el Hechizado como rey de España, en 8 de Octubre de 1685; la sublevación de los tripulantes de la nao *Santa María*, contra el Almirante Cristóbal Colón, en 11 de Octubre de 1492; el otorgamiento del testamento de la Reina Católica D.^a Isabel I, que ha dado asunto á uno de los cuadros mas famosos de la pintura moderna, en 12 de Octubre de 1504; la muerte en horca de Fr. Miguel de los Santos, cómplice del pastelero de Madrid en la implantación de la personalidad del rey D. Sebastián de Portugal, en 16 de Octubre de 1595; el apresamiento por los ingleses del navío español *Glorioso*, en 18 de Octubre de 1747; la quema en elige por el Tribunal de la Inquisición del famoso ministro Antonio Pérez, en 20 de Octubre de 1592; la coronación en Aquisgram del Emperador Carlos V, en 23 de Octubre de 1520; la celebre batalla del Salado, ganada á los musulmanes por los Reyes de Castilla y Portugal, en 30 de Octubre de 1340, y otros

sucesos de los que han constituido la accidentada formación de la patria, sus conquistas en el nuevo Continente y sus luchas civiles.

De otros recuerdos y aniversarios, más conformes con la índole artística y literaria de este periódico, habré de hacer breve e incompleta cita, para no privar a los suscritores de más gratas lecturas.

9 de Octubre de 1547.—Nace en Alcalá de Henares (diga lo que quiera un conocido y apreciable librero de la calle de la Cruz) Miguel de Cervantes Saavedra, autor glorioso del *Quijote*.

4 de Octubre de 1607.—Nace en Toledo D. Francisco de Rojas y Zorrilla, uno de los seis grandes dramáticos de nuestro siglo de oro, cuya gloria pregonan *García del Castañor*, *La que son mujeres*, *Don Lucas del Cigarral*, *Entre bobas anda el juego*, *Don Diego de noche*, *Cesarse por ventarse*, y otras varias, en que el donaire rebosa y brillan acentuados caracteres, ya cómicos, ya dramáticos.

18 de Octubre de 1676.—Nace en Casdemiro, provincia de Orense, el P. Fr. Benito Jerónimo Feijóo, gran conocedor de las ciencias sagradas, de la literatura, las matemáticas, la historia, las ciencias naturales y los idiomas; incansable defensor de la verdad y formidable adversario de las preocupaciones; polemista incansable e iniciador en cierto modo del periodismo moderno en su *Teatro crítico*, y sus *Cartas eruditas*. Desde la obscuridad de su celda, el P. Feijóo logró para su nombre resonancia universal, y el humilde monje tiene hoy una estatua en la Biblioteca Nacional de Madrid, y otra—cuya reproducción damos en este número—en la ciudad de Orense.

21 de Octubre de 1738.—Nace en Hellín D. José Moñino, Conde de Floridablanca por sus servicios prestados en la Embajada de Roma. Durante el período de su Ministerio dió el mayor lustre al reinado de Carlos III, creando establecimientos científicos, fomentando la agricultura y la riqueza pública, reformando la administración y llevando a la patria a un grado de prosperidad como nunca había alcanzado. Y para que su figura fuese grande en todo, la muerte le sorprendió en Sevilla en 1808, siendo Presidente de la Junta central de defensa del Reino, como en otro lugar decimos.

5 de Octubre de 1667.—Muere el ilustre artista granadino Alonso Cano, pintor, escultor y arquitecto, cuya vida aventurera tanto se ha prestado al drama y a la leyenda. Sus obras, que decoran templos, museos y colecciones, constituyen la mejor ejecutoria del mismo.

18 de Octubre de 1824.—Nace en Caba el insigne literato y académico D. Juan Valera, para cuyo alto renombre basta la joya literaria que se titula *Pepita Jiménez*.

21 de Octubre de 1823.—Nace en Puente la Reina el notable músico D. Emilio Arrieta, a quien la ópera española debe obras tan justamente aplaudidas como *El dominió azul*, *Marino*, *El grumete*, *El fotosi submarino*, *La guerra santa* y *San Francisco de Sena*.

18 de Octubre de 1814.—Nace en Sevilla D. Manuel Juan Diana, premiado por la Academia Española por sus novelas, autor del libro *Cien españoles célebres*, modelo en su género, y a quien regia pluma honró traduciendo a lengua alemana su regocijada comedia *Receta contra las suegras*.

6 de Octubre de 1829.—Nace en Valencia el novelista D. Enrique Pérez Escribá, cuyas obras han alcanzado mayor número de lectores que todas las de los autores contemporáneos en España y en América. Las repetidas ediciones de veinte y treinta mil ejemplares de *El cura de aldeas*, *El mártir del Gólgota*, *La mujer adúltera* y otras, señalan una personalidad saliente y simpática, sobre todo en el seno de la clásica familia española.

18 de Octubre de 1871.—Muere en Madrid D. Severo Catalina del Amo, periodista en *El Estado*, *El Horizonte* y *La España*; catedrático de lengua hebrea en la Universidad de Madrid; director de Instrucción pública, Ministro de Marina y de Fomento, y autor de numerosos escritos literarios, entre los que obtuvo la primacía y le llevó a la posteridad, el titulado *La mujer: apuntes para un libro*.

9 de Octubre de 1886.—Muere en Madrid el pintor insigne D. José Casado del Alisal, autor de *Semiramis*, de *Los Carvajales*, de *El juramento de las Cortes de Cádiz*, de *La rendición de Bailén*, de *La campana de Huesca*; pensionado en Roma, catedrático en Madrid, académico de la de Bellas Artes, y laureado con las mayores distinciones que puede alcanzar un artista.

11 de Octubre de 1837.—Muere en Madrid el actor dramático Carlos Latorre, que supo luchar con el recuerdo de Isidoro Máiquez, y que casi sin interrupción figuró en las Compañías del Teatro Español desde 1827 hasta su muerte. Había nacido en la ciudad de Toro en 2 de Noviembre de 1799, de muy distinguida familia. Como circunstancias más salientes de su vida, figuran la de haber estado contratado en 1836 para representar en París, en lengua francesa, las tragedias *Don Sebastián de Portugal* y *Hamlet*; la de haber sido el mejor profesor que ha tenido el Conservatorio de Madrid, y la de haber publicado, como indicación de sus conocimientos, el libro *Noticias sobre el arte de la declamación*.

Con la muerte de Carlos Latorre el género trágico perdió su intérprete más distinguido y la escuela romántica su sostenedor más entusiasta y decidido. La generación que tanto le aplaudió ha ido desapareciendo; pero su recuerdo vive y vivirá eternamente, unido a la gloriosa historia de la dramática española.



FRAY BENITO JERÓNIMO FEIJÓO.

ESTATUA ERIGIDA EN ORENSE.—(Obra del escultor Sr. Soler.)

APUNTES DEL NATURAL

Martin Rico

FOR

ALFREDO PEREA



EL GENERAL PEREZ

Alto, enjuto, con el pelo cortado siempre al rape y el bigote y la perilla llenos de cosmético para sostener la alineación y uniformar las canas, el general Pérez huele á militar á cien leguas.

Es soltero á pesar de sus sesenta y tres años, porque dice que el matrimonio es la inútil impedimenta del militar. El único defecto que á Bonaparte le pone es su cualidad de marido, y de marido bigamo, y cree que, de haber sido célibe, hubiera triunfado seguramente de Wellington en Waterloo. Dice que un buen soldado debe tener á la mujer por enemigo; pero como del enemigo no se debe huir jamás, todo buen militar debe perseguir á las mujeres para atacarlas en todas sus posiciones y obligarlas á que se rindan; pero hay que tener mucho cuidado con no dejarse vencer, porque, en este caso, ya se sabe, el enemigo impone como imprescindible condición de guerra el matrimonio. El General refiere continuamente episodios que arden en un candil, y afirma que si pudiera reunir las patronas con que victoriosamente ha luchado y ha rendido, podría formar con ellas un batallón en pie de guerra.

Todavía se las echa de Tenorio, y asegura que aun entra en campaña, y hasta que suele retirarse con los laureles de la victoria.

El general Pérez está de cuartel por envidias y porque el Gobierno le teme; pero el día que se le acabe la paciencia, monta á caballo, arma la de San Quintín y barre toda la pillería que hay en el Ministerio.

En política no tiene opinión definida, y aunque, menos carlista, lo ha sido ya todo, en una opinión ha sido siempre consecuente: en la de creer que aquí hace falta fusilar á las tres cuartas partes de los españoles, y después mucho palo á las otras tres.

Ha leído y estudiado la historia de Roma y la de la Revolución francesa, y mezcla en sus conversaciones citas y nombres pertenecientes á dichas épocas, involucrándolas más de una vez. Un día afirmó que la historia no podía perdonar jamás al pillo de Robespierre la muerte del sublime Catón.

Aunque es un ordenancista decidido, se permite decir que dicho código es defectuoso y piensa ampliarlo el día que llegue á ser Ministro de la Guerra, añadiéndole algunos artículos imprescindibles para el mejor servicio y policía del Ejército. Esto de la policía es su debilidad. En cuanto ve á un oficial que lleva fuera del ojal de la levita la muletilla del reloj, ¡á banderas con él! Los cuellos de tirillas vueltas le ponen nervioso, y en las revistas de inspección su único objetivo son los pies de sus subordinados, para ver si se salen de la línea y si las botas son de una sola pieza con arreglo á ordenanza, ó si tienen bigoterías, con las cuales no cree de ninguna manera compatibles la subordinación y disciplina militar.

En su trato particular el general Pérez es una buena persona y muy á la pata la llana. Hablador sempiterno, lleva siempre la voz cantante en cuantos círculos y tertulias frecuenta, refiriendo con frecuencia episodios un tanto libres y un tanto inverosímiles de su *accidentada vida militar*, y adornando siempre sus narraciones de cierta pintoresca expresión, á que dan realce una gran riqueza de adjetivos, y sobre todo de interjecciones, con que condimenta abundantemente todos los períodos de su conversación, y cuyas interjecciones deja sin terminar cuando hay señoras delante, por más que también suele ocurrir que la fuerza impulsiva del período no le permita detenerse en el momento crítico y, á pesar de las señoras, sale la interjección clara y sonora con toda su expresiva crudeza.

El general Pérez fuma en pipa. Es un *culotador* terrible. *Culotando*, se pasa horas y horas mirándose los bigotes en el brillo de la pipa, que cuida con cariño más que paternal. Tiene de ellas una verdadera colección, y todas bautizadas con los nombres de las mujeres con que amorosamente ha tropezado en sus viajes y campañas. Por este motivo no deja de tener gracia oírle decir mientras frota la pipa: «Esta Margarita del demonio no



llega á ponerse nunca como yo quiero; en cambio Lola hace menos tiempo que la uso y está divinamente. Lo mismo eran aquéllas.»

El General afirma que tiene sesenta y tres años de edad y sesenta y siete de servicios *dia por dia*, que es su frase favorita; y explica el absurdo diciendo que veinte años son *dia por dia* de doble tiempo de campaña en la Península y Ultramar.

Ha sido segundo cabo en Puerto Rico, comandante militar en Matanzas, gobernador en Ilo-Ilo, y jefe de una columna volante en Santo Domingo, habiéndole ocurrido en todas partes cosas muy raras.

En Cuba tuvo relaciones con una mulata llamada Dionisia, nombre que le puso á una pipa que no ha conseguido *culotar*. En Ilo-Ilo se pasó alimentándose solamente de arroz cinco meses y medio *dia por dia*. Desde entonces juró no volver á probarlo aunque se lo pusieran con gallo muerto. En Santo Domingo fusiló á un orangután que habia aprendido á decir: «¡Muera España y viva la República dominicana!» En África se enamoró locamente de una mora, ya jamona, y se curó la pasión con otra mora..... verde.

Nuestro General es un tresillista incansable. Lleva jugando al tresillo treinta y siete años *dia por dia*, y dia por dia lo juega peor. Entra con cualquier cosa, y aunque robe cinco *cucas* sigue el juego. Cuando el robo ayuda y *se la lleva*, ensalza gozoso su atrevimiento, diciendo: «Ahí tienen ustedes: entré con un *pitoche* y por poco doy bola.» Lo peor es que á la jugada siguiente le dan codillo, porque no ayudó el robo, se quedó con el *pitoche* y no se rindió, porque lo que es eso, jamás. ¡Un general de su hoja de servicios no se rinde nunca! Un dia porque un mirón le dijo: «Ofrézcala usted, mi General», le mandó á freír espárragos, y gracias á que no era tiempo de ellos, que si no tiene que ir, porque el mirón era comandante, y el general Pérez á nadie le consiente una desobediencia, y mucho menos á un mirón que siendo militar le dice al general Pérez que se rinda.



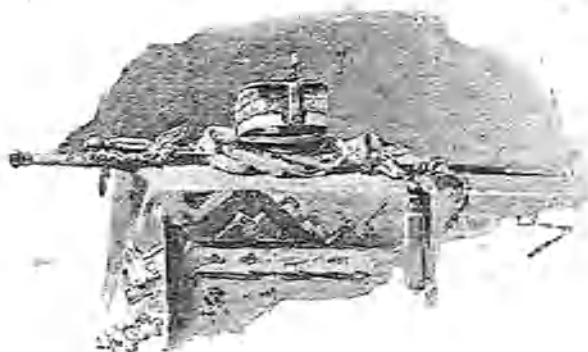
Trasnochador impenitente, en invierno y en verano, siempre sale del casino el último y nunca antes de las cuatro de la madrugada. Al censurar un médico este método de vida, contestó Pérez que un buen militar debe retirarse lo más tarde posible, cuando le den el retiro forzoso; por eso él sale siempre del casino cuando ya no queda nadie.

Hombre de excelente salud, no ha temido ni teme enfermedad alguna. Lo único que le asusta es la escala de reserva, que le va á coger pronto, aunque antes espera montar á caballo para alcanzar el tercer entorchado ó llegar á ser Ministro de la Guerra, y entonces sí que arregla el Ejército de una vez y para siempre. Lo primero que prohíbe es el uso de la barba y de las botas con punteras, y de esa manera empieza reformando el Ejército de la cabeza á los pies.

El general Pérez es así. Un reformista radical.

Con el tiempo le levantarán una estatua por suscripción nacional. Y lo que él dice: «¡Á cuántos se la han levantado con menos motivo!»

RICARDO MONASTERIO.





LA HUERTA DE JUAN FERNÁNDEZ

(CONCLUSIÓN)

La policía Real se apercibió pronto del lance de los galanes y de la afabilidad con que eran recibidos por las damas de la Reina. En seguida lo puso en conocimiento de S. M., quien se incomodó muy de veras, porque era el Retiro su coto Real, y no se podía entrar en él sin su permiso, y estaba vedado saltar las tapias, bajo terribles penas.

Habiendo logrado su objeto, los atrevidos caballeros asaltadores volvieron á la Huerta, publicando osadamente su empresa, con aplauso universal de ellas y ellos.

Tomando estaban los concurrentes jaleas mermeladas, aguas de canela, aurora y mosela, garrapiña de chocolate, de leche y almendra, y algunos agua pura de la fuente con panales, en salvilla de peltre ó de plata, según la calidad del parroquiano, cuando llegó al portón de la Huerta una banda de alabarderos de la compañía Bor-

goñona de la Cuchilla, y el oficial que la mandaba dijo con espada en mano: «Ténganse al Rey.»

Al oír esta terrible intimación, el concurso quedó como petrificado, y en seguida el oficial ó exento fué llamando unos tras otros al Duque del Infantado, á don Baltasar de Zúñiga, hijo del Marqués de Mirabel, á los Marqueses de Palacios, de Povar y de Cerralbo, al Conde de Oñate, á D. Juan Gaviria, caballero de S. M., y á otros varios señores. Con todos ellos, desarmados, formó un pelotón de presos y los llevó entre filas á las prisiones del Buen Retiro.

El jardín quedó instantáneamente desierto y el Prado también. Hubo algunas damas nerviosas que se desmayaron; otras que prorrumpieron en quejas por la infidelidad de sus amantes ó esposos; otras que aplaudieron, esperando ser favorecidas en otro asalto, y por su parte, los caballeros, se fueron á husmear por gru-

pos lo que pasaba en el alcázar olímpico del soberano.

Lo que pasó fué que al siguiente día todos los delinquentes aprehendidos en la *Huerta de Juan Fernández* fueron desterrados de Madrid á diferentes pueblos del Reino, habiéndose ido el Conde de Oñate á Carabanchel.

El destierro duró poco, sin embargo, por cuanto las damas más principales de Madrid, casadas y solteras, pidieron reverentes perdón al Rey y éste lo concedió.

Sólo las fusonas y campadoras, las vírgenes intrusas de saboyana de lana y zapatos de guardamacil rojo, las cotorreras, buscoñas, tringas y sirenas de respigón, protestaron del insulto, por llevar la contraria, como siempre, á las gentes de toldo y copete.

Se cita una merienda junto á la fuente (de que no queda ya ni el cimiento), en que después de haber servido gran cantidad de manjares succulentos, se comió una trucha de la Puebla de Sanabria, monstruo de peso, de muchos arrelles y espantable á la vista, que hubo que traer en dos tableros con envoltura de nieve, y cuando la cortaron en trozos, hubo para que comieran hasta saciarse nada menos que cien convidados.

Contiguo á la *Huerta de Juan Fernández* había fuentes públicas y un lavadero muy frecuentado, que hacía competencia á los ya entonces célebres del Manzanares, de la Pradera del Corregidor y de la Fuente de la Teja. El maestro Tirso de Molina da una idea del lavadero en la siguiente relación de su comedia *La Huerta de Juan Fernández*:

MANSILLA.

Bendito sea el Regidor
Que entre horridos raticos
Condujo laboratrices
Para que se lavó Amor.
No me hiciera á mi poeta
El dios rubio, todo cara,
Panegíricos cantara
A la invención arquitecta
De Juan Fernández, que aquí,
Refugio de mantellinas,
Labró pilas cristalinas.
Vive Dios! que cuando vi
Gorrionas en letanía,
Pilonos en procesión,
Sudando espuma el jabón
Entre sucia trapería,
Que á fuer de disciplinantes
Con los golpazos que daban
La pobre ropa llagaban

Y á ti entre tus semejantes
Cerniendo jabonaduras
Y amasando camisones;
Que dije: Si aquí te pones,
Amor, no andarás á oscuras;
Que dando ojos por despojos,
Aquí por lavar á prisa
La más flamante camisa
Sale rota, «un argos de ojos»;
Ea, destapa la boca,
Brilladora lavatriz,
No se atreva á la nariz
La descomulgada toca;
Mira que me estás torciendo
El alma como pañal.

TOMASA.

No lo sabe decir mal
El lacayazo....

Del lavadero gentil, donde las poéticas lavatrices del siglo XVII colaban las manchas de la ropa fina cortesana, no queda rastro. De las fuentes, puede imaginarse, sin esfuerzo, que el viaje de la Cibeles, del Neptuno, de Apolo, de la Alcachofa y demás, repartidas por el Prado,

es el mismo que alimentó los grifos y pilones de la Huerta, cuando las *limeras*, *ramilletteras* y otras mujeres *perjudiciales* (así las define un bando), fueron expulsadas del Prado viejo, que era entonces desde la esquina de la casa del Duque de Medinaceli hasta la Puerta de Recoletos, rasando por la vera de la *Huerta de Juan Fernández*.

El Duque de Sexto, siendo Alcalde corregidor de Madrid, acometió y llevó á cabo, con mucho gusto y acierto, la reforma de lo que hoy llamamos Paseo de Recoletos, y entonces era un arrabal de Madrid. Removiendo el polvo sagrado de la huerta del Regidor, el Duque, tan atildado y galante, pudo, en memoria de las bellas tapadas, de los apuestos caballérrs, de los padres y maridos celosos, de las criadas zainas, de los escuderos espadachines y de las antiguas dueñas con sus rosarios de cuentas frisonas más volteadas que canjilones de noria, pudo, decimos, desenterrar el idilio anacronístico perdido entre matorrales que fueron un día el *Descaméron* madrileño, y perpetuarlo en un obelisco, sobre tierra cernida con chapines de cendrillon, los más bonitos que inventaron pintores, con un rótulo que dijese en letras de bronce:

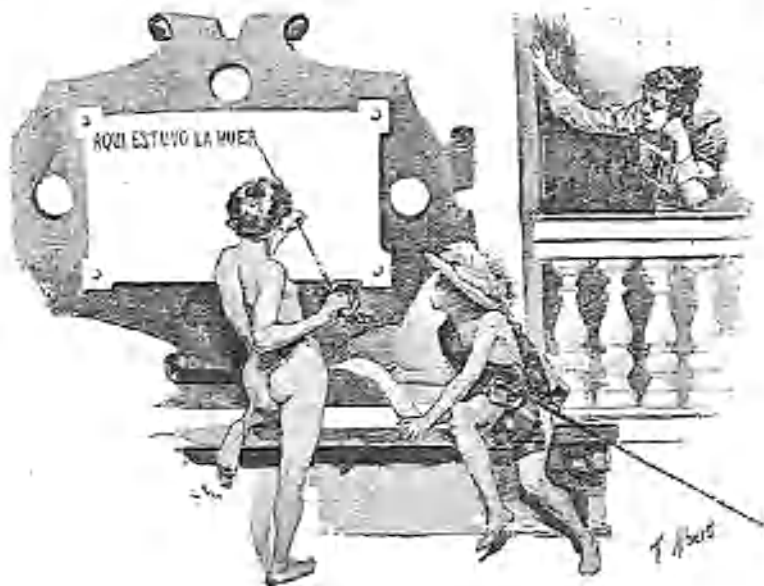
«Aquí estuvo la *Huerta de Juan Fernández*, de poética memoria. Aquí lucieron sus galas y hermosura las mujeres más célebres de las cortes de los Felipes. Aquí se batieron en duelo leal, á la española, con espadas de farol ó verduguillos, los hidalgos de nuestra raza de héroes. Aquí el amor tejió coronas de azahar al himeneo y fomentó aventuras galantes con fines honestos. Transeuntes, rezad por el alma de tantos seres queridos como son los que han pensado y soñado en este erial, cuando fué *Retiro* y mansión de delicias.»

El melancólico recuerdo que nos inspira la *Huerta de Juan Fernández* exigía, á la verdad, un homenaje de ternura póstuma, por lo menos una manifestación cariñosa de parte de aquellos reformadores urbanos que, al encontrar un puchero viejo, palpitan de entusiasmo, y cuando pisan tierra regada con lágrimas y sonrisas, abonada por el amor y bendecida por el genio de la pasión que guía á la humanidad, no sólo no se contentan, sino que todavía hacen chistes de gusto dudoso para burlarse de los escrúpulos caballerescos de nuestros antepasados.

Y aquí hago punto, diciendo con Fray Gabriel Téllez:

Alto, reparen desgracias,
Bodas y premios de amor,
Mientras nuestra corte alaba
La *Huerta de Juan Fernández*
Y suple el Senado faltas.

RICARDO SEPÚLVEDA.



CORRIDA EXTRAORDINARIA



La corrida era á beneficio de los forasteros.

Y Caralampio, que así lo había leído en los carteles, dió crédito á la empresa, y se dijo:

—¿A beneficio «de yo y los compañeros mártires?» Iremos: ó iré, «que es sinónimo».

Y así era: á beneficio, pero á precios ordinarios.

La fiesta era incitante para un aficionado legítimo de Navalquejido sur Seine.

Seis toros de origen desconocido, lidiados en

plaza entera, por seis matadores fuera de cacho, ó sea fuera de abono y de la legalidad, con sus correspondientes cuadrillas de facinerosos.

Y cuatro toros en plaza partida, lidiados por jóvenes criminales en el arte.

Si algún toro reunía condiciones para ello, uno de los jóvenes forajidos daría el salto del «canario sonoro», de pitón á pitón, y banderillearía á otro de la cuadrilla, si se prestaba gustoso.

¡Qué programa! Tentador.

Luego, una banda ó bandada de música, *amenazaría* á amenizaría el espectáculo.

Caralampio estaba esperando, cuando abrieron las puertas de la plaza.

—¡Esto es ser aficionado de verdad!—le dijo uno de los empleados en la puerta, para recoger billetes:—¡olé por la afición!

Caralampio sonrió satisfecho de sí mismo.

La corrida empezó á las cinco de la tarde, y la *bronca* á las cinco y un minuto.

Al verlos en las carretelas, con sus vestidos bordados en plata y en oro, brillando al sol como peces recién sacados en el copo, ¿quién habría de pronosticar que los tratase el país con tan poca consideración?

Chillidos, injurias, naranjazos para estropearles los vestidos... ¡Ah, muchedumbres tiránicas!

Caralampio, en su asiento de sombra, según el precio y la clasificación oficial, pero de sol en efectivo durante la lidia de un toro, cuando menos, veía y oía sin tomar parte en los acontecimientos.

Intentó aplaudir una vez á un diestro, por una suerte que á él pareció plausible, y varias voces le gritaron:

—¡Animal! ¡A la cuadra!



—¿Será á mí?—vaciló;—pero no tardó mucho tiempo en convencerse de que á él iban dirigidos los improperios.

Tal cual indirecta referente á sus prendas de vestir, le demostró que había caído en buena parte.

Los toros «tenían lámina» como dicen algunos aficionados.

Yo creo que todos los toros, y todos los toreros, y todos los animales, y todos los diputados á Cortes, tienen lámina, buena ó mala.

También «tenían pies».

Pero los lidiadores tampoco eran cojos, y volaban más que corrían.

En cuanto miraba á uno con malos ojos la fiera, ya estaba «el uno», aunque fuera encima de «otro» del público, en un tendido.

Entraban de cabeza y por racimos en el callejón.

Los picadores corrían; digo, los caballos eran los que corrían como si les acabaran de dar cuerda, para no tropezarse jamás con el toro.

El público los insultaba, y, de rechazo, al Presidente, llamándole «burro» y otros epítetos cuasi ofensivos para un concejal.

Frutas y efectos en mal uso llovían en el redondel.

Uno de los proyectiles se llevó el sombrero de Caralampio, que era un hongo con armadura, de tamaño sobrenatural: parecía un sombrero de copa alta que había venido á menos.

Intentó recobrarle en seguida, aunque con humildad. Pero inútilmente.

Un arenero se encargó de arrojarle á la publicidad, y el sombrero, después de dar la vuelta al mundo, quedó inservible.

Era un acordeón de lance.

Caralampio, en aquel tumulto; empezó á temer por el público y por *sigo* mismo.

Hasta el toro estaba atemorizado, aunque no tanto como los toreros, á la vista del enemigo.

¡Qué lidia! ¡Qué corrida!

—¡Que hable!—gritó un espectador, indicando á Caralampio, que estaba con el alma en un hilo; y con la cabeza al aire libre, procurando restaurar el sombrero... que fué.

—¡Que se descubra!

—¡Que baile!

Caralampio saludó á la muchedumbre, sin saber lo que hacía, y el alboroto aumentó, naturalmente.

—¡Silencio!

—¡Callarse! ¡Que se arranca!

—¡Que va á soltarle!

En esto, un lidiador á quien había alcanzado un proyectil en la cara, se volvió furioso, y vió á Caralampio en pie, en el tendido.



—Ya le conozco á usted, so gurrípato—le dijo, creyendo que él había sido el que arrojara el proyectil—y no se me irá usted de rositas.

Todos los habitantes del tendido protestaron indignados contra el maleta.

—¡Vaya usted.... á las Salesas!—gritaba uno.

—¡So novillero! ¡Visión!

—Aprenda usted á torear, ¡sinvergüenza!, y respete usted al pueblo.

Caralampio manifestó su gratitud á sus amables compañeros, que le habían salvado, cuando menos, de un par de banderillas al sesgo.

De pronto se armó una bronca en el tendido.

Uno que se había obstinado en encender un fósforo en los lomos de otro, fué el causante.

Cuando Caralampio trató de ponerse en salvo, era ya *cadavre*.

Es decir, había ido á dar con sus huesos en el callejón, en el momento en que el toro saltaba los tableros.

Un grito general resonó en la plaza.

Un minuto después se vió al animal con un bulto en un pitón.



El bulto era Caralampio.

Afortunadamente le soltó el buey en los medios, y continuó su marcha.

Cuando le levantaron del suelo entre dos toreros, Caralampio preguntó:

—¿Amigos míos, vivo todavía?

Y después, viendo al toro comer en el ruedo, se desprendió de los muchachos, y, á la carrera, llegó á las tablas.

Dos monos sabios le echaron al callejón como un fardo, en medio de las palmas del público, que tributó á Caralampio una ovación.

Pero en aquellos momentos podía más el terror que la vanidad en el teniente alcalde de Navalquejido.

Los dependientes de la autoridad querían detenerle, por haber bajado al redondel, contraviendo lo dispuesto en esta clave de espectáculos.

Desde entonces, ¡cualquiera lleva á Caralampio á ver una plaza de toros, ni aun cuando no haya corrida!

Hasta ha prohibido la circulación de *The Fundama* y demás periódicos científicos taurinos, en todos los dominios de su jurisdicción.

EDUARDO DE PALACIO.



LOS AGUADORES

Ya no hay quien gaste polainas,
 Ya no hay quien lleve montera;
 Los aguadores del día
 Visten á la madrileña:
 Los hay tan acicalados,
 Que usan zapatos de tela,
 Y son unos señorones
 Que llevan la cuba á cuestas.
 No bailan la danza prima
 Y el bable es ya lengua muerta,
 Si los príncipes de Asturias
 No resucitan su lengua.
 Oigamos lo que se dicen,
 Oigamos cómo se expresan
 Junto al pilón de la fuente

Los aguadores que aun quedan:
 —Te digo que eres un bruto.
 —Los dos somos unos bestias.
 —Puede que sí, pero, mientes,
 Y tu mujer te la pega.
 —¡ Ah-condenadu! ¿Y qué sabes
 En tanto que non lu veas?
 Quien ha parido es la vaca.....
 —Pues es una paridera.
 Tu casa.....
 —Non me provoques
 Porque tu madre no es buena,
 Que tuvo un hijo de extranjis,
 Y anduvo con el albéitar,
 Y no está casada, ¿entiéndesme?

Y sábeta que es soltera,
 Y en fin, ¡ mal rayu te parta
 Que si se escurre mi lengua
 Te diré que soy tu padre!.....
 Ya te lo dije: dispensa.
 Por esu estás en mi fuente,
 Por esu te dí carrera.
 No te avergüences, Toribio;
 Ya sé que tienes vergüenza;
 Deja la cuba en el caño
 Y entremus en la taberna.
 —Pero ¿quién paga esas copas?
 —Aquí tengo una peseta.
 —Yo, si lu pagas, lu bebo.
 —Tu padre quiere que bebas.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN



NADIE echaba de menos la banda de tambores en los regimientos; pero al Ministro de la Guerra le ha parecido conveniente que la tropa haga más ruido, y pronto oiremos sonar el parche como en los tiempos de Espartero y de Narváez, que en gloria estén. La vuelta a lo antiguo, en materia de ruido marcial, no ha parecido mal ciertamente al público; pero lo que sí disgusta a la inmensa mayoría es que no haya en las novísimas bandas de tambores tambor mayor.

El tambor mayor fué en aquellos tiempos un personaje popularísimo. Con su elevada estatura, con su gran casaca adornada de grandes golpes de condecoración, su gorra de pelo, su ancha banda, y sobre todo su enorme bastón, con que al frente de sus discípulos y subordinados hacía las más vistosas evoluciones, tirándolo a lo alto y recogéndolo en una mano, sin que hubiera ejemplo de que se le escapara y rompiera la cabeza a ningún prójimo, el tambor mayor era el regocijo de los transeúntes, y la infancia contemplábale con estática admiración. Así iba siempre rodeado de los chicos de la calle, que seguían con el más vivo interés todos los movimientos del gigantesco jefe de la banda.

¡Y vaya si tenía partido entre las mujeres el tambor mayor! Uno hubo en mis tiempos, no diré en qué regimiento, a quien atribuía la voz pública envidiables triunfos amorosos, y no entre el benemérito ramo de criadas de servir, sino entre damas de gran porte.

Todavía recordarán muchos de mis lectores la desventura de aquel otro gallardo tambor mayor del regimiento de España, que habiendo tomado parte en uno de los frecuentes pronunciamientos de la época, fué sumariamente juzgado y pasado por las armas en la mañana del día 12 del mes de Mayo de 1848.

El desastroso fin del infortunado tambor mayor Antonio Diola produjo en Madrid penosísima impresión; todo el mundo conocía aquella arrogante figura, que tantas veces había visto al frente de la lucida banda del citado regimiento, y Madrid entero habría pedido el indulto; pero casi al mismo tiempo supo Madrid el delito del tambor mayor y el terrible castigo. Creo que fué la única víctima de aquella sedición militar, pues trece sargentos del mismo regimiento y un paisano, puestos en capilla seis días después, el 18, fueron indultados el 19 a las seis de la mañana. Acaso contribuyó a salvar a los catorce sentenciados el profundo sentimiento que había producido la ejecución del pobre Diola.

El actual Ministro de la Guerra ofrece, restableciendo las bandas de tambores, un ruidoso porvenir a muchos de los chicos de la calle. El tambor de menor edad ha representado su glorioso papel en nuestras guerras, y no pocos episodios podrían citarse en que un tamboreillo de trece ó catorce años ha sido héroe anónimo, muriendo por la patria, salvando acaso de un desastre a una división entera. Pero insisto en que si ha de haber tambores, chicos ó grandes, no puede menos de haber también tambor mayor.

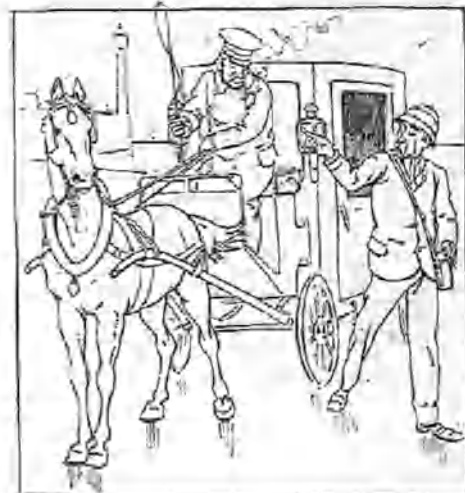
Comprendo que, al cabo de tanto tiempo como hace que se suprimió el importante cargo de tambor mayor, no habrá muchos que tengan la aptitud bastante para desempeñarlo con lucimiento; pero no es de creer que se hayan muerto ya todos los que fueron tambores mayores, aunque acaso estarán algo averiados, porque el tiempo no ha respetado nunca a ningún buen mozo aunque fuera tambor mayor, y bien pudiera suceder que hubiese alguno que se prestase a enseñar el oficio a los que, además de reunir las precisas condiciones de agilidad, estatura y gallardía, se sintieran con la necesaria vocación. Medite en esto el general López Domínguez, y vea si es posible formar un nuevo plantel de tambores mayores, todo lo más mayores posible, que renueven las glorias de aquellos que hicieron las delicias de los chicos de mi tiempo, y fueron amados, más ó menos platónicamente, por sensiblas jamonas de buen ver, demasiado impresionables.

La banda de tambores, sin tambor mayor buen mozo y bien aderezado, no tendrá ningún atractivo. Nisiquiera habrá chicos que sienten plaza de tambores si no han de tener por jefe y guía un gigante cuya superioridad reconozcan y admiren. Bien sé yo dónde se hallarían sujetos con las condiciones de empaque y gallardía indispensables en un tambor mayor; entre nuestros hombres políticos hay algunos que a maravilla desempeñarían el cargo con aplauso general, y es mucha lástima que las estrechas circunstancias en que se halla el Tesoro y la necesidad de hacer economías en los gastos públicos impidan ofrecerles un buen sueldo, el de Consejeros siquiera, para que se resolvieran a ejercer de tambores mayores....

En fin, con tambor mayor ó sin él, las bandas de tambores al frente de los regimientos traerán a la memoria de mucha gente gratos recuerdos de los días de la juventud, y los veteranos de nuestra gloriosa infantería, retirados ya del servicio,



1.—Mister Thomason da orden a su cochero John de conducirlo al puerto para dar un paseo por el mar. Precisamente la mañana es deliciosa.



2.—Una vez en el muelle, le da orden de esperar sin moverse hasta su vuelta.



3.—Y se lanza valientemente mar adentro.



4.—Un tiburón que pasa por allí pega un tremendo coletazo á la embarcación.



5.—Y se traga en un santiamén, y sin cumplimientos de ningún género, á Mister Thomson.



6.—El fiel Jhon entretanto cumplía la orden de su amo, espera que te espera.

oírán con profunda emoción el redoble de las cajas, á cuyos marciales ecos se batieron bizarramente, ganando en la batalla las cruces de San Fernando y San Hermenegildo, y el escaso haber con que el Estado los sostiene pobremente en la vejez.

**

RIPIOS ULTRAMARINOS.—Así se titula un nuevo libro del señor D. Antonio de Valbuena, conocido también venturosamente por el seudónimo de *Miguel de Escalada*. Ni agüede ni allende el mar quiere el Sr. Valbuena que se le escape rípió, y así los persigue y los caza sin compasión, lo mismo en las altas regiones de la Academia y de la aristocracia, como entre el montón de la gente de letras, como en las Pampas y en la Manigua. Es el Sr. Valbuena un crítico implacable, que, especialmente a los poetas malos, y cuidado si hay versificadores detestables! no los deja huoso sano en cuanto los cogé por su cuenta. Y hay que confesar que lo hace con suma gracia y con justicia. Los varapalos que suministra á los poetas (llamémosles poetas aunque no lo sean) defectuosos é irregulares, mortificarán á los que los reciben; pero debe consolarles el refrán aquel, *la letra con sangre entra*, y servirles de lección provechosa el recorrido; porque el señor Valbuena, que es buen cristiano, no quiere la muerte del poeta pecador, sino que se emiende y viva, y escriba versos, pero sin rípios, ni barbarismos; sin los mil y mil dislates en que incurren los *inspira dos* por las musas.

Excuso decir que el libro *Ripios ultramarinos* está gallardamente escrito. Los mismos á quienes duelen las agrias censuras del crítico reconocen que escribe superiormente, con la mayor corrección y buen estilo.

**

El Ayuntamiento de Madrid ha pedido consejo á la Sociedad de Escritores y Artistas en el asunto de la adjudicación del teatro Español en la presente temporada. Quiere que una comisión de aquella le diga qué Compañía es la mejor de las que solicitan actuar en dicho teatro y á estas horas ya habrá emitido su dictámen la nombrada al efecto. Yo creo, y lo diré con mi habitual franqueza, que lo que debía de haber hecho el Ayuntamiento era sencillamente lo que hace todo dueño de una finca: dársela en arriendo á quien mejor la pague y ofrezca mejores garantías de cumplir lo pactado, es decir, de pagar puntualmente el alquiler. Por respeto á la tradición del teatro Español, solamente debiera imponerse á la Empresa la condición de no ofrecer al público otros espectáculos que la comedia, el drama y el sainete, españoles ó traducidos, y la obligación de conservar cuidadosamente el edificio, respondiendo de los desperfectos, para lo cual prestaría una fianza en efectivo, y nada de meterse en si la Compañía es de eminencias, ó de medias cucharas, ó de nulidades. Eso sería cuenta de la Empresa con el público.

**

—¿Y qué me cuentan ustedes de la cosa pública? ¿Qué me dicen ustedes del Gobierno?

UN CESANTE.—Esto está perdido. No hay Gobierno.

UN EMPLEADO.—La verdad es que el Gobierno es muy regularcito, muy apañadito.

UN MAGISTRADO EXCEDENTE.—Ni esto es Gobierno, ni cosa que se le parezca, ni ya hay justicia en la tierra.

UN FUSIONISTA SIN COLOCACIÓN.—Sagasia está dejado de la mano de Dios.

UN CONSERVADOR.—Bien hizo D. Antonio en dejarse y dejarnos caer. Para lo que nos esperaba....

UN RECAUDADOR DE CONTRIBUCIONES.—El caso es que les duela, pero pagan. Y francamente, podían pagar más.

UN GUARDIA DEL ORDEN.—Lo cierto es que con eso de la dinamita está un guardia que no sabe donde poner los *pieces*. Yo creí que con la sistema liberal íbamos á estar muy ricamente; pero llévame chasco.

UN TORERO DE CARTEL.—¿Y á mí qué?...

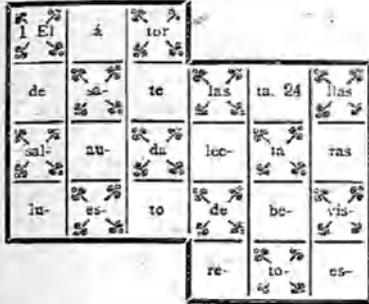
YO.—El odioso atentado del anarquismo contra el Ilustre general Martínez Campos, mejor dicho, contra la sociedad entera, debe servir, á lo menos, para abrir los ojos al Gobierno, si es que no está enteramente ciego.

CARLOS FRONTAURA.

Seguramente habrán fijado su atención nuestros lectores en la preciosa nota artística del presente número. El insigne artista Ricó, que ha estado en Toledo una corta temporada, ha pintado allí algunos cuadros que son una maravilla, y uno de ellos es el que, fotografiado directamente del original, destina nuestro compatriota á los favorecedores de LA GRAN VIA.

MENUDENCIAS

SALTO DE CABALLO, por M. P. ONARRES



Comienza en la casilla número 1 y termina en la número 24.

CHARADA EN CIFRAS, por M. MARZAL

Desde 3.^a 4.^a-4.^a 1.^a 2.^a 3.^a-4.^a,
Con 2.^a 3.^a 4.^a, 3.^a 1.^a 5.^a 4.^a-5.^a,
Juzgo, 5.^a 4.^a, 1.^a 2.^a 3.^a 4.^a-5.^a
Que esperes de él 3.^a 2.^a 3.^a 4.^a

PROBLEMA

Complétense las palabras, sustituyendo letras a los puntos, en algunas de las muchas soluciones a que se prestan.

... uno ... dos ... tres
... uno ... dos ... tres
... uno ... dos ... tres
... uno ... dos ... tres
... uno ... dos ... tres
... uno ... dos ... tres
... uno ... dos ... tres
... uno ... dos ... tres
... uno ... dos ... tres
... uno ... dos ... tres

CUADRADOS

* * * *
* * * *
* * * *
* * * *

Capital.—Emperador.—Animal.—Magistrado.

* * * *
* * * *
* * * *
* * * *

Sustantivo.—Adverbio anticuado.—Poetisa.—Mar.

ANAGRAMA

¿A do va Juan? A coger cepas.
Deshágase el anagrama, formando un refrán español muy conocido.

CHARADA EN PROSA

Primera segunda no es primera segunda, pero la primera es todo.

ROMBO

* * * *
* * * *
* * * *
* * * *
* * * *

Léase horizontal y verticalmente:
Consonante.—Artículo.—Animales.—Verbo.—Consonante.

ACERTIJO

* * M * * *
* U * *
* * R * * * *
* * C * * * * *
* * I * * *
* * A * * * * *

Sustitúyanse las estrellas, formando seis nombres de provincias.

CHARADA EN VERSO

Si mi primera segunda
No fuera tercera cuarta,
No podría hacerse el todo
Por más que se trabajara.

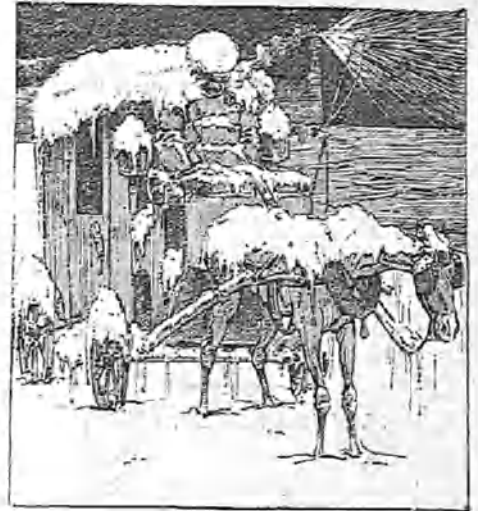
ROMPECABEZAS

L * * * * *
* O * * * * *
* * R * * * *
* * E * * * *
* * N * * * *
* * * * * Z * *
* * * * * O

Completar las líneas, para que den otros tantos nombres de varón.



7.—Durante los interminables y abrasadores días del verano.



8.—Y las largas noches del helado invierno...



9.—Y como a Mister Thomsson razones muy poderosas le impedían volver, ¡hón sigue y seguirá esperándole por los siglos de los siglos.... ¡Oh! ¡La formalidad inglesa!

CUADRADO DE ESTRELLAS



Léase horizontal y verticalmente:
Objeto usado en los templos.—Mineral.—
Para bordar.—Un célebre judío.

Una orgullosa señora entra a visitar a una amiga y se entretiene hablando con el chiquitín de la casa.

—Dime, señora, pregunta ésta: ¿cómo te pasó la desgracia?
—¿Qué desgracia?...
—Que dice mamá que te tragaste el molinillo de la chocolatera.

ADIVINANZAS

¿En qué se parece una liebre muerta a un gaban?

¿Cuál es el santo que no es de ninguna parte?

POLIGRAFÍA

A A A A A
A B C D I
L L M N N
O O R S S

Combinense las veinte letras, formando los nombres de tres pescados.

LA LEYENDA DE LAS PULGAS

Paseaba un día Dios por el mundo, acompañado de San Pedro y hablando de las dificultades que ofrecía la dirección de la humanidad, cuando de repente vieron tendida sobre el suelo, vestida de harapos y tomando el sol, a una mujer, que aunque joven, aun mostraba en su semblante inequívocas señales de aburrimento. El Señor, para quien nada está oculto, advirtió en seguida que aquella mujer era desgraciada por su ociosidad, y sacando del bolsillo un puñado de pulgas, las arrojó sobre aquella desgraciada, diciendo:

—Mujer, la ociosidad es madre de todos los vicios: ahí tienes para entretenerte.

Desde entonces las mujeres tienen pulgas, y cuando no se ocupan en algo mejor, se entretienen en cazarlas.

Lo peor es que muchas veces nos las comunican.

ACRÓSTICO

G U A D I X
M A R B E L L A
L I N A R E S
A N D Ú J A R
A L G E C I R A S
A L M E R Í A

Formar con las iniciales el nombre de otra población.

LIBROS RECIBIDOS

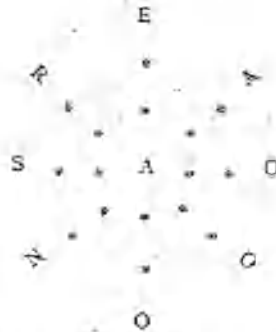
Entre los libros últimamente publicados, debemos citar la nueva edición de *El Comendador de Malta*, una de las más interesantes novelas de Eugenio Suá. La ha publicado la empresa de *El Folletín* y cuesta dos pesetas.

La historia de un hombre contada por su esqueleto, novela de Fernández y González, publicada también por *El Folletín*, obtiene gran éxito.

PROBLEMA ARITMETICO

Desafíense a andar dos individuos. El primer andarín recorre ocho leguas cada día. El otro anda tres leguas el día primero, y cada uno de los siguientes va aumentando dos sobre las del anterior. ¿Le alcanzará? ¿En cuántos días y a cuánta distancia?

ESTRELLA



Formar, sustituyendo las estrellas, dos nombres de mujer y otros dos de hombre.

ADIVINANZA

en fuga de vocales y consonantes.

n h.mbr. m.r. s.n c.l.p.
u .a. e .u. a .a. i. o
Y s. 'b .la .st. v. v. r. g. n
.x .a .ue .e. .ie. o .u. i. o.

CHARADAS, por PA-SA-MA

Siempre atenta a los todos
De mis cantares,
Dos-primera afanosa
Mi fiel amante.

En el *prima-dos* te vi
Del brazo de tu mujer;
¡*Dos-un!* dije para mí
Sin poderme contener.

Prima-dos siempre es igual
A *prima-dos* y *tercera*
Y el que *dos-tres*, dice luego:
He *segunda-tres-primera*.

PREGUNTAS

¿Cuál es la planta más útil al hombre?
¿Qué es lo que se saca a la mesa, se corta se sirve y no se come?

ROMPECABEZAS, por M. P. ONARRES

Buscar cuatro flores con la última sílaba de las cuales se forme un nombre de mujer.

SOLUCIONES

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚM. 13.

A LA CONCORDANCIA VIZCAINA: Ló-pe-z.
AL ROMBO:

M
P A R
M A R Í A
R Í O
A

AL PROBLEMA: E-pi-rho.

AL SIMBOLISMO: La Ambición.

AL ENIGMA HISTÓRICO: Diocleciano.

Han remitido soluciones los lectores siguientes:

Manuel Sanz, de Madrid; Gerardo Roldán, de id.; José María Carmona, de id.; Francisco Angulo, de id.; Pascual García Ferrández, de id.; Cándido, de id.; José Iniesta González, de id.; Vanvanberghen, de id.; Justo Enolá Sanchiz, de id.; Norberto Arroyo de id.; Luis Imaz, de id.; C. O., de Pedro Muñoz; Cándido Pardo y García, de Salamanca; Manuel Martínez García, de San Lorenzo del Escorial; Bartolomé Álvarez Puerto, de Jerez de la Frontera; Mariates da Silva, de Oporto; Victorino Aoiá y del Trago, de Pamplona; Félix Muguruza, de Marquina; Nicanor Nistal Rebaque, de Astorga; Tolin, de Gijón; Pedro Sánchez, de Sevilla; A. Pérez, de Burgos; Rosendo Ibarrola, de Teruel; Jaime Cos y Meyrán, de Zaragoza; Esteban González Anguita, de Cádiz.

Advertencias.—Algunos de nuestros amables favorecedores se lamentan de que remitiendo soluciones a nuestros problemas de un número no figura sus nombres en el inmediato. El hecho es cierto; pero sin culpa por nuestra parte, pues la especial confección de *LA GRAN VÍA* y el arreglo de sus grabados, así como el mucho tiempo que reclama su tirada, nos obligan a dejar terminado cada número, que ha de repartirse el sábado, a principios de la misma semana. No hay, pues, tiempo material para satisfacer el deseo de nuestros suscriptores, especialmente los de provincias. Por lo demás, aunque con retraso, nunca dejan de figurar sus nombres.

Otros de nuestros favorecedores alegan que no remiten más soluciones por lo caro del franqueo, y en esto están en un error, pues pueden enviar sus cuartillas con una faja en la que ponga *Original de imprenta* y nuestras señas, y así circulan con el franqueo de un céntimo nada más.

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.